

cho alguno á preguntarle. Pero que acusado en París, quizá á la misma hora sería también acusado en Versalles. Y, entre estas dos acusaciones injustas, sentía levantarse tranquila su conciencia, porque había hecho cuanto estaba en su mano para llegar á una conciliación duradera é impedir así una guerra civil sangrienta. Jourde declara que el ciudadano Tirard es enemigo de los comuneros por haber organizado la resistencia y haberse opuesto á las elecciones el 22 de Marzo. Grousset imputa á Tirard haber dicho en pleno parlamento que no se podía entrar en la Casa de la Ciudad sin correr el riesgo de ser asesinado. Tirard afirma no haber pronunciado jamás tales palabras. Grousset replica que constan terminantemente en el *Diario Oficial de la Asamblea*. Leedlo y encontrareis sólo esta frase, dice Tirard: el que entra en la Casa de la Ciudad, no está bien seguro de salir siempre. Delecluze, para distraer la atención de aquel asunto, vuelve al tema de la reducción de una proclama; y Tirard abandona la sala, sin ser por nadie detenido ni molestado. Después de haber convenido en los puntos capitales que tendría el documento proyectado tómanse las resoluciones siguientes: 1.ª, que no haya presidencia permanente; 2.ª, que cada semana sea uno presidente; 3.ª, que perciban todos los miembros de la Comunidad trescientos francos mensuales de sueldo; y 4.ª, que se tome por enseña la bandera roja.

Al fin salió la proclama. Calorosamente escrita, evitaba con cuidado emitir toda idea socialista. Tal silencio venía á demostrar que en las cuestiones sociales pululaban allí las escuelas enemigas y los pareceres opuestos. No ya en los fines, ni siquiera en los métodos se encontraban acordes. Los unos creían que para resolver el problema social, se necesitaba un Estado fuerte; los otros creían que se necesitaba, no ya disminuir la autoridad del Estado, sino destruirla y di-

solverla en el seno de los municipios. Entre ideas, no ya contrarias, sino también contradictorias, era imposible que cupiese ninguna conciliación. Y no había solamente diversos pareceres sobre la cuestión social, los había más diversos aun y más contradictorios sobre la cuestión política. Unos eran de la escuela federal, y otros de la escuela jacobina; partían unos del individuo para llegar al Estado, y otros del Estado para reconocer los derechos del individuo; el modelo de los unos estaba en la América de Wasingthon, y el modelo de los otros en la Francia de Robespierre; la doctrina de los unos se contenía en las sesiones del Congreso de Filadelfia, y la doctrina de los otros en las sesiones de la Convención de París; el maestro de los unos era Hamilton, y el maestro de los otros Rousseau; querían los unos el individualismo y el federalismo anglo-sajón, como en la República de los puritanos, querían los otros la omnipotencia del Gobierno como las repúblicas de griegos y latinos; en la tradición de los unos los héroes eran los girondinos, muertos por haber querido federalizar á su patria, y en la tradición de los otros eran los héroes los verdugos de los girondinos, que salvaron con una dictadura sangrienta, pero saludable, la integridad de la nación y la unidad de la democracia. Era imposible que estas dos doctrinas se compaginaran nunca.

Pero no había sólo contradicción de doctrinas; había también rivalidad de ambiciones. La Comisión central de los guardias nacionales, promotora de la insurrección, prometió solemnemente en su proclama de convocatoria que declinaría todos sus poderes en manos de los elegidos del pueblo. ¡Con qué lirismo describía el placer interior de sus corazones, la satisfacción superior de sus conciencias en el día feliz, en que, designados los nuevos magistrados, pudieran volver los revolucionarios humildes y oscuros á sus casas, encontrando por todo premio la mano callosa

del pueblo que los creía dignos de llamarse sus conciudadanos! Y ese día tan anhelado llegó, y las elecciones se verificaron, y los elegidos salieron de las urnas, y la inauguración de la Comunidad fué una fiesta, y su autoridad un poder inmenso; pero los individuos de la Comisión central no desistieron de sus facultades, y se empeñaron tenazmente en dirigir aun la Guardia nacional, á fin de guardar en sus manos con toda la fuerza toda la omnipotencia.

Al fin la Comunidad tomó todas las disposiciones reclamadas por la opinión de París en punto á los problemas militares y económicos más urgentes. Declaró abolidas las quintas; pero declaró también usurpados á la Guardia nacional todos los ciudadanos válidos. Condonó los inquilinatos por seis meses. Suspendió la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad, el pago de todos los vencimientos. Estas medidas eran atentatorias al derecho de propiedad. Pero no podía ni debía juzgarse aquella situación extraordinaria y extrema por el criterio de las situaciones normales. La catástrofe había caído sobre todos y lo había aplastado todo. Cinco meses de incomunicación y de sitio paralizaron las transacciones mercantiles. El trabajador no trabajó, guerreó. El comerciante no pudo estar en su mostrador é ir á las murallas. Casos de fuerza mayor trastornaban todas las leyes de la economía y del cambio. Así es que estas medidas no pueden juzgarse como aplicaciones de la antigua escuela socialista, sino como remedios supremos á una enfermedad incurable que arrastraba la sociedad á las puertas mismas de la muerte. Fenómeno singular y que prueba la confusión de los ánimos en estos críticos momentos. Mientras *Le Siècle* apoyaba las medidas tomadas por el gobierno revolucionario de París, el periódico de Rochefort le negaba toda competencia sobre los asuntos de interés general. El diario del gobierno, dirigido por federales, acusaba de jacobina esta oposición, y atribuía

al municipio las facultades íntegras del Estado, dejando la constitución definitiva de la sociedad á un solemne pacto entre los municipios.

Mientras tanto el ejército de París se organizaba contra el gobierno de Versalles con una inteligencia y una rapidez jamás empleadas contra el enemigo común, contra los invasores alemanes. Habíanse reunido gran número de regimientos, y muchas baterías, tanto de cañones sencillos, como de ametralladoras. Los fuertes todos se encontraban en manos de los comuneros, ménos el más formidable, el Monte-Valeriano. Atribuían esta grave falta de semejante fuerte, unos á descuido, y otros á traición de Lullier. Habíase fortificado excepcionalmente Neuilly, al par que erigídose gran número de barricadas en las puertas todas de la ciudad. Ilusiones y esperanzas risueñas halagaban á los federales. Creían que los hechos de la plaza de Montmartre, volverían á repetirse, y que las tropas, seducidas por el reclamo de la democracia parisiense, volverían á levantar las culatas y á negarse al fuego. A su vez el gobierno sentía inmensa ansiedad. El triunfo de la revolución dependió no tanto de su propia fuerza como de la indisciplina del soldado. Si volvía á repetirse, no quedaba ninguna esperanza. La Comunidad de París triunfaba hasta en el seno de Versalles. Exploraban cinco batallones de federales por los alrededores de Courvebois al amanecer del 2 Abril el terreno, cuando de pronto se ven sorprendidos en el sitio llamado de Bergeres por las tropas adictas á Versalles. Un médico-cirujano llamado Pasquier corrió á interponerse entre los combatientes, en calidad de parlamentario, con una bandera blanca en la mano, y palabras de concordia en los labios. Pero fatal bala, venida no se sabe de donde, lo hiere mortalmente y le derriba del caballo. Los versalleses se indignan á la muerte de persona tan querida, y rompen á una en horroroso fuego. Este fuego aclara las filas

de los federales con multitud de heridos, de muertos, y les obliga á replegarse. La emoción es inmensa. La guerra civil no sólo está ya declarada sino empeñadísima. En las primeras gotas de sangre que saltan se ahoga toda esperanza. El gobierno de París anuncia que los comuneros han sido atacados; pero no por las tropas de línea, fieles á la República, sino por los zuavos del Pontífice, por los chuanes de la Vendée, por batallones realistas con la bandera blanca y las lises de los Borbones, por los soldados del último imperio; por la monstruosa coalición de todos los monárquicos unidos en odio común á la democracia. Estas palabras indignan á la ciudad entera; y la conciencia pública con voto unánime decreta la salida en masa. El 2 de Abril reemplazaba el grito universal de á Versalles, el antiguo y fatídico grito de á Berlin.

A la mañana siguiente, 3 de Abril, toda la Guardia nacional se pone en movimiento. El ruido de tambores, clarines, trompetas, fusiles, voces de mando, atruena los oídos. El aspecto de aquella muchedumbre es bien extraño con sus varios trajes de color oscuro unos, de encendido rojo otros, todos componiendo vistosas y movibles legiones en que, si no reina la disciplina militar, reina la variedad artística. A su vista los verdaderos patriotas se afligen y lloran. Todavía tienen aquellos soldados celo por sus deberes, fé en sus ideas, amor extraviado, pero al cabo amor á la patria, apostura militar, y resolución de combatir. ¿Por qué todo esto no fué aprovechado con celo y movido con decisión en contra de los alemanes? Ahora se levantan, corren á sus armas, las empuñan, las cargan no contra el extranjero invasor, contra sus propios hermanos; ¡oh desesperación! y el extranjero, gozoso de haber domeñado á Francia y haber vencido á París, mira desde la tumba donde yacen los antiguos reyes, la furia delirante, la ciega demencia de los pueblos, y se regocija interiormente de tamaños desastres con la cruel alegría de la venganza. ¡Una

guerra civil despues de una invasión triunfante! ¿Puede darse nada más horrible?

El ejército se dividió en tres cuerpos. Uno, á cuyo frente estaba el general Eudes, debía operar en el camino de Clamart, teniendo por apoyo el fuerte de Vanves. Otro, á cuyo frente estaba el general Duval, iría por el Bajo Meudón, y Viroflay, bajo el amparo de Issy. El tercero, á las órdenes de Bergeret, el generalísimo, tomaría el camino de Rueil. El plan estaba pensado con madurez y decidido con audacia. Pero no tomaba en cuenta lo más grave, el Monte Valeriano, en poder de los versalleses, el gigante que con sólo suspirar levemente por sus cien bocas de fuego podía consumir como débiles aristas todos aquellos ejércitos.

¿Cómo no cayeron los comuneros en esto? La dirección militar tenía gravísimos, irreparables defectos. La gente roja echaba en cara á los conservadores de nuestro partido siempre el no haber dejado los mandos todos á la libre elección de los milicianos. Y lo primero que los rojos hicieron, llegados al poder, fué nombrar por su propia autoridad y arbitrio todos los generales. Y estos generales no tenían ciencia ni tenían experiencia. Faltábales al par la inspiración y la pericia. El error de los errores consiste en creer que tras cualquier barricada y en cualquier club se encuentra aperebido por la naturaleza un Carnot ó un Bonaparte. Los tres improvisados generales distribuyeron sus soldados y arreglaron su plan como si el Monte Valeriano hubiera desaparecido de los alrededores de París. No lo olvidaron ciertamente; pero creyeron que les pertenecía. Contaban seguro, no sé por qué género de ilusión ó de engaño, el comandante de aquel fuerte, y en lugar de evitarlo, operaron como si hubiera de apoyarles y de servirles en sus ilusos planes.

Era casi de noche cuando las tropas mandadas por Bergeret atravesaban la puerta Maillot, se reunían sin ningún obstáculo allen-

de el puente de Neuilly, y se paraban en Ber-géres. Mas una vez allí, y al intentar proseguir su camino, terrible cañoneo vomitado por el Monte Valeriano siembra el terror en el alma de aquellos soldados, la muerte en sus olas. ¡Qué contraste con la alegría de aquella noche, con el cántico en coro de los batallones, con las hogueras de los campamentos, con los tragos en las cantinas, con la esperanza de una próxima y ruidosísima victoria, con el febril entusiasmo!

Mas refiramos las particularidades de esta tragedia. Eran las cuatro de la mañana cuando el general Bergeret se presenta conducido en carretela abierta de que tiraban dos briosos corceles. Acercábase radiante de alegría, satisfecho, esperanzado, porque al atravesar los Campos Elíseos, le habían aclamado como héroe y habían bendecido su cercana victoria. Colocóse Bergeret en el centro de su ejército y dió la orden de marcha. Algunos de sus jefes de Estado Mayor veían recelosos el fuerte que se dibujaba á lo lejos como una misteriosa amenaza; y el general los tranquilizaba diciendo que, guardado por la marina, podían tener seguridad, evidencia de su neutralidad.

Estaban á ochocientos metros del fuerte. Ningún tiro se había disparado todavía más que alguna respuesta á las pequeñas molestias suscitadas por los exploradores de la vanguardia versallesa. De pronto, granadas, bombas, metralla, tendiendo sus nubes de humo y el estrépito de sus estallidos por los aires, pasan como bandada de aereolitos, sobre la cabeza de los comuneros antes sorprendidos que aterrados. Aquello sólo había sido una intimación, una advertencia. Pero á esta advertencia, y á esta intimación, siguió otra descarga de más certera puntería y de peores efectos. La confusión viene en pos de estas nuevas agresiones; los milicianos se tienden boca abajo para evitar los efectos de las bombas; el aire se llena de siniestras nubes de humo y el suelo se remueve como sacudido por terremotos; una parte considerable de los ménos

amenazadosse dispersa en todas direcciones, presa de ciego terror, y gritando como en todos los casos adversos venta y traición; los mulos y caballos de ómnibus se espantan al resonar de la vocinglería, de las carreras, de las descargas, y arrastrando las baterías de ametralladoras y las cajas de municiones aumentan el pánico terrible con la disminución de los medios de defensa; los caballos del general se desbocan, y su carretela vuelca en un sembrado; mientras los batallones, que en aquella desbandada pudieron tener alguna disciplina y guardar alguna serenidad, se retiran al amparo de los fuertes y ven que la triunfal salida se ha convertido en vergonzosa derrota.

Flourens permaneció sereno en medio del terror; firme entre los desbandados. En vez de temer, se alentó; en vez de retroceder, se adelantó. Creía llevar en sus manos la República; y se acercaba al ara de la muerte, como si fuera al risueño altar de la victoria. Su fantasía era fantasía de poeta; su corazón era corazón de héroe; en el suelo de Grecia aprendió las dos primeras condiciones del heroísmo; amor al combate, menosprecio á la muerte. En la atrevida marcha alcanzó el pueblo de Chatou. Sus gentes, valerosas y enérgicas de suyo, le seguían delirantes y animadas por su valor y su energía. Ninguno volvió la espalda al enemigo. Todos miraron frente á frente y con sereno mirar la muerte. Pero un destacamento de guardia republicana, verdaderos veteranos, muy probados en cien batallas, le sorprende, y le cerca. Flourens se refugió con ardimiento en su menosprecio sublime de la muerte, y disparó con resolución un tiro sobre el oficial de aquella tropa. Este oficial se arroja sobre él con celeridad, y le asesta formidable sablazo á la cabeza y le tiende exánime á sus plantas. Así murió este joven sublime que de la cátedra pasara á las barricadas, de Francia á Creta, de Creta á Grecia, y de Grecia nuevamente á Francia, para vivir y morir en los combates

como si antes que una victoria para sus principios, buscara un pronto fin para ser héroe y mártir de su exaltada fé.

Veamos el resto de las operaciones. A las cuatro y media de la mañana, los comuneros, que operaran sobre Clamart y el Meudon de abajo, dejaban París; y á las seis, emprendían su marcha. Duval iba sobre Clamart; Endes sobre Meudon. A los pocos pasos el combate se empeñó gravemente; y el fuego se generalizó en toda la línea. Tres veces trataron de romper las haces enemigas, y tres veces mordieron el polvo. Preciso es decirlo, tenían los comuneros en frente tropas de una gran superioridad militar; pero atacaron resueltamente, con furia; y se defendieron con dominio de sí mismos y con verdadera solidez. Mas después de muchos encuentros parciales, de muchos combates sin resultado decisivo, á las cuatro de la tarde, comenzaron los federales á retroceder, y tal retroceso, que comenzó por una tranquila retirada, estuvo á punto de convertirse en verdadera fuga. La fortuna mayor de los federales, consistió en que el fuerte de Issy, mandado á la sazón por Cluseret, les prestó verdadero apoyo, impidiendo que los persiguieran las victoriosas tropas de Versalles. El resultado de la batalla fué el veto definitivo puesto por Versalles á todo ataque; y la necesidad de permanecer desde aquel momento París y sus ejércitos, á la defensiva. De sitiadores probables se habían convertido los comuneros en sitiados. ¡Terrible desengaño!

Digámoslo en su honra. Duval supo morir. Era un jóven; tenía treinta años. Exaltado de ideas pero valerosísimo de corazón, peleó y murió con nobleza. La Internacional le contó entre sus más fervientes apóstoles antes de la insurrección; y después de la insurrección, la seguridad general de París entre sus más probos funcionarios. Aquel día estuvo en todas partes, y alentó á sus soldados, sereno y entero ante los mayores pe-

ligros. Cogido prisionero, él mismo pronunció su sentencia de muerte. ¿Qué hubiérais hecho de mí si me prendéis? le preguntó el general Vinoy. Os hubiera fusilado, le respondió Duval. Una respuesta así, en aquellas supremas circunstancias merecía perdón por lo atrevida y por lo heroica. Vinoy fusiló en el acto á Duval. Cuando los internacionales de París supieron la fatal nueva la comunicaron al Consejo superior de Londres en estos términos: «Todo va mal. Flourens muerto; Duval fusilado.» ¡Oh! dijeron los de Londres. «Muerto Duval, ya no tenemos de quien fiarnos, ni con quien contar.» Era verdaderamente aquella jornada una tremenda, una horrible, una irreparable desgracia para la revolución que sólo podía vivir con una rápida y segura victoria.

Tristes naciones aquellas donde no hay medio de establecer el orden sin apoyarlo en una dictadura. Los partidos carecen de disciplina; y los hombres más ilustres de autoridad. Las rencillas entre los jefes son innumerables y no encontrareis uno de ellos que hable bien de los otros, sin pensar que todos caen aplastados bajo el peso de la común ruina. A su vez las ideas no están bien definidas y coneretadas. Unos robespieristas, jacobinos, en nombre de la República, sostienen el predominio absoluto de París sobre toda Francia, la dictadura de una ciudad. Otros, llevando el federalismo hasta la destrucción de la nacionalidad, quieren hacer de Francia un haz de municipios desligados. A esta incertidumbre sobre la organización política más adecuada á la democracia se une un gran menosprecio por la virtud y eficacia de los derechos individuales, y una exaltada esperanza en la reforma social, inmediata, instantánea, cuando sólo puede la reforma social ser obra combinada de la libertad y del tiempo.

En pueblo así no hay medio de que la prudencia sea oída, ni de que la conciliación sea realizada. La Asamblea, que se encerraba

en ruda intransigencia, desoyó toda conciliación desde aquel momento. Langlois exclamaba: esta Asamblea es una Asamblea de locos. Por nada en el mundo cederá á una concesión que acaso lo arreglara todo. Nadie creería que, ocupada por el extranjero una gran parte del territorio nacional, reciente la primera mutilación de Francia, insurrecto París, agitadas todas las ciudades, planteado con letras de sangre y fuego el problema social, oyéndose los clarines de los prusianos desde los bosques de Versalles, próxima la capital á un nuevo sitio, encendida la guerra civil, se entretuviese Mr. Thiers con calma estóica en una sesión respondiendo á los ataques dirigidos desde fuera á su gobierno por el antiguo vice-Emperador Rouher, y echándose flores retóricas á sí mismo y al ministro del derruido Imperio.

Mientras tanto, se disipaba el entusiasmo de París. No fíemos mucho en el entusiasmo público. Es ruidoso, pero transitorio como la tempestad. No hagamos nada por la popularidad. Es como la espuma que corona la cima de las olas, fugaz y vana. Todo debe en el mundo político hacerse por sentimiento de justicia, por amor perseverante y anheloso á la libertad. Constitucionales, girondinos, dantonistas, robespieristas, sacrificados unos en pos de otros, enseñan á todas las generaciones cuán poco puede fiar el estadista en el entusiasmo de los pueblos.

No por complacencias con la popularidad, sino por sentimiento de justicia, debían los diputados de Versalles haber mostrado que nada meditaban contra la República. Lejos de esto, sus palabras eran amenazas, sus ac-

tos golpes á la única institución que puede redimir al pueblo francés de sus antiguas culpas. Nubes de reaccionarios acuden atropelladamente en torno de esa Asamblea de realistas. Los que adoran la legitimidad en el barrio de los fósiles, en el barrio de San German; los pretendientes al trono imposible del rey ciudadano, roto en las jornadas de Febrero de 1848; los imperialistas, los que han traído la última guerra sólo por forjar una corona de gloria á su odiosa dinastía cesárea; todos los réprobos del progreso, todos los enemigos de la civilización congréganse en numeroso ejército para esgrimir contra el corazón de sus conciudadanos las armas que no han sabido esgrimir contra los invasores y los extranjeros. MacMahon, hechura del héroe de Diciembre; Ducrot y Vinoy, sus senadores, corren á Versalles á husmear, como chacales hambrientos, el rastro de sangre que dejaron los franceses sobre la tierra de Francia. Dos cuerpos de ejército hay ya formados que están á las órdenes de generales imperialistas. Y no pueden contarse ni referirse los grandes cargos administrativos que los imperialistas han tomado en los rangos de la agonizante República. Esa Asamblea y la Comunidad delirán; y Francia padece.

Una afirmación decidida de la República en la Asamblea hubiera quitado gran parte de su autoridad á la insurrección. Pero la derecha de Versalles acaricia la utopía de la reacción, como los rojos de París acarician la utopía de la demagogia. Y del choque de estas dos utopías sólo podía resultar peligros para la libertad, ruinas para la nación.